

EL CONDUCTOR

József Pereszlényi, desplazador de materiales, se detuvo con su coche Wartburg, matrícula número CO 75—14, junto al quiosco de periódicos de la esquina.

—Deme un *Noticias de Budapest*.

—Lamentablemente se agotó.

—Deme uno de ayer, entonces.

—También se acabó. Pero casualmente tengo ya uno de mañana.

—¿También ahí aparece la cartelera del cine?

—Eso sale todos los días.

—Entonces deme ese de mañana —dijo el movilizador de materiales.

Se volvió a sentar en su coche y buscó la programación de los cines. Después de un rato encontró una película checoslovaca —Los amores de una rubia— de la que había oído hablar elogiosamente. La proyectaban en el cine Cueva Azul de la calle Stácio, a partir de las cinco y media.

Justo a tiempo. Todavía faltaba un poco. Siguió hojeando el diario del día siguiente. Le llamó la atención una noticia acerca del desplazador de materiales József Pereszlényi, quien, con su coche Wartburg matrícula CO 75—14 se desplazaba en una velocidad mayor a la permitida por la calle Stácio, y no lejos del cine Cueva Azul chocó de frente con un camión. El descuidado conductor murió en el acto.

“¡Quién lo diría”, pensó Pereszlényi.

Miró su reloj. Ya pronto serían las cinco y media. Guardó el periódico en el bolsillo, se puso en marcha a una velocidad mayor de la permitida, y chocó con un camión en la calle Stácio, no lejos del cine Cueva Azul.

Murió en el acto, con el periódico del día siguiente en el bolsillo.

HOGAR DUCE HOGAR

Tenía cuatro años. A esa edad, los recuerdos son imprecisos. Además, cuando su madre la tomó de la mano y la condujo cerca de la salida del campo, la pequeña no tuvo una reacción muy clara.

—¿Para qué hacer qué cosa? —preguntó.

—Para acercarnos a lo nuestro.

—¿Qué es lo nuestro, mamá?

—Es la dirección en donde vivíamos antes de ser traídas aquí.

—En lo nuestro ¿qué hay?

—Cosas... Tus ositos. ¿Te acuerdas? Tus muñecas también, tal vez...

—Dime, mamá —dijo la niña—, en lo nuestro, ¿hay guardias?

—Claro que no, ningún guardia.

—¡Qué bueno! —dijo la niñita—. Una vez allá, nos podremos salvar.

¡ADIÓS, PARÍS!

Aunque mi maleta era pesada, la arrastré hasta la Rue des Écoles. Allí tomé un taxi.

—A la Gare de L'Est—le dije al chofer.

Todavía tenía tiempo. No era agradable esperar junto al ferrocarril.

—Yo ahora me voy a mi país le dije al chofer ¿No se toma conmigo un trago de despedida?

—Yo sólo tengo medio estómago —dijo el chofer.

—Un vaso de vino blanco no puede hacerle daño.

—Conozco un sitio ~dijo el chofer.

Brindamos y nos tomamos el vino de un trago. Luego también él ordenó una ronda. Mientras esperamos, me preguntó:

—¿A dónde va?

—A Budapest.

—¿Qué país es ése?

—Hungria.

—¿Con los alemanes o en contra de los alemanes?

—Con los alemanes.

—No es lo ideal dijo.

— Ni un poquito dije.

El propietario trajo el vino.

—Es a los ministros a quienes habría que mandar al frente —dijo el chofer, luego de reflexionar un rato.

—Así es —dije . Entonces se lo pensarían dos veces.

Pagamos y nos pusimos en marcha. Por las escaleras de la Grand de l'Est fue él quien subió mi maleta. Después me tendió la mano.

—Yo me estoy salvando a causa de mi estómago —dijo.

—Es mucha suerte dije.

—¿Usted no tiene ninguna enfermedad?

—No tengo.

—No importa—me consoló—. En dos meses derrotamos a los alemanes.

—Ojalá.

—Quizás nos volvamos a ver alguna vez—dijo.

—Me cuesta creerlo— dije.

—Entonces nos tomaremos otra copa— dijo.

—Eso ya lo creo—dije.

—Hasta la vista—dijo.

—Hasta la vista.

PENSAMIENTOS EN EL SÓTANO

La pelota cayó al sótano por un cristal roto.

Una niña de catorce años, la hija del conserje, bajó a buscarla cojeando. Un tranvía le había cortado una pierna a la pobrecita, y se ponía muy contenta cuando podía hacer algún favor a alguien.

El sótano estaba en penumbra, pero se dio cuenta de que en un rincón se había movido algo.

—¡Gatito! —dijo la niña de pata de palo—, ¿qué haces tú aquí?

Cogió la pelota y salió del sótano lo más rápido posible.

La rata vieja, fea y maloliente —la habían tomado a ella por un gato— quedó asombrada. Nunca le había hablado nadie así.

Ahora, por vez primera, pensó que todo habría ido diferente si ella hubiera nacido gato.

Es más —¡como somos tan insaciables!— enseguida empezó a hacerse ilusiones. ¿Y si ella hubiera nacido niña de pata de palo?

Pero esto era demasiado bonito y no se atrevió ni a imaginarlo.

EL HOGAR

La niña solo tenía cuatro años. Sus recuerdos, probablemente, ya se habían desvanecido, y su madre, para concienciarle del cambio que las esperaba, la llevó a la cerca de alambre de espino; desde allí, de lejos, le enseñó el tren.

—¿No estás contenta? Ese tren nos llevará a casa.

—Y entonces ¿qué pasará?

—Entonces ya estaremos en casa.

—¿Qué significa estar en casa? —preguntó la niña.

—El lugar donde vivíamos antes.

—¿Y qué hay allí?

—¿Te acuerdas todavía de tu osito? Quizás encontremos también tus muñecas.

—Mamá, ¿en casa también hay centinelas?

—No, allí no hay.

—Entonces, de allá ¿se podrá escapar?

SIN PERDÓN

Les di veinte forintos a los dos enfermeros que lo colocaron en la camilla y lo bajaron a la ambulancia. También en la clínica di veinte a cada una de las enfermeras, a la diurna y a la de noche, y les pedí que lo cuidaran. Dijeron que no me preocupara, que ellas cada media hora se iban a asomar a verlo, aunque por suerte el paciente no estaba inconsciente. Al día siguiente era domingo, así que pude ir a visitarlo. Seguía estando consciente, pero ya casi no hablaba. Por el paciente de la otra cama me enteré de que las enfermeras no aparecieron ni una sola vez, lo cual no era de extrañar, porque entre las dos tenían que atender a ciento sesenta enfermos. Los médicos tampoco lo habían examinado: dijeron que el lunes lo revisarían en detalle. Eso siempre es así, dijo el vecino, cuando el enfermo ingresa el sábado al mediodía.

Salí al pasillo y busqué una enfermera, pero no encontré a ninguna de las del día anterior. Después de mucho buscar, logré dar con la que estaba de guardia. También le di veinte forintos, y le pedí que le echaran una mirada de vez en cuando a mi padre. Hubiera querido encontrarme también con el médico. Todavía en casa había metido un billete de cien forintos en un sobre, pero la enfermera me dijo que al médico lo habían llamado para una transfusión a la sala de las mujeres. Que podía confiar en ella, hablaría con él. Regresé a la sala de los enfermos, donde el vecino me tranquilizó diciendo que seguramente el médico de guardia no tendría tiempo de examinar a los enfermos, así que era mejor que no le hubiese podido entregar el dinero. De todas maneras solo al día siguiente vendrían los especialistas, ellos ya tendrían tiempo de ocuparse de él.

—¿Necesitas algo? —pregunté.

—Gracias, no necesito nada.

—Te traje algunas manzanas.

—Gracias, no tengo hambre.

Me quedé sentado una hora más junto a su cama. Hubiera querido conversar con él, pero ya no sabía de qué. Un rato después le pregunté si le dolía algo. Dijo que no. De manera que tampoco le pude hacer más preguntas en cuanto a eso. Estuvimos callados todo el tiempo. La relación entre nosotros era púdica y reservada, hablábamos solo de hechos. Pero los hechos que ayer todavía hubiéramos podido mencionar, para hoy perdieron importancia y se convirtieron en nada. De sentimientos nunca intercambiamos palabra.

—Entonces me voy —le dije después.

—Anda, hijo —contestó.

—Mañana vendré y hablaré con el médico.

—Gracias —dijo.

—El especialista solo viene por la mañana.

—No es tan urgente —dijo, y su mirada me acompañó hasta la puerta.

A las siete de la mañana me llamaron para decirme que había muerto durante la noche. Cuando entré en la 217, en la cama ya había otro en su lugar. Su vecino me tranquilizó, diciendo que no sufrió nada, solo suspiró levemente y ese fue el final. Sospeché que quizás el vecino no decía la verdad, porque se me ocurrió que en su lugar yo también hubiera dicho lo mismo, pero luego

intenté convencerme de que no me había engañado y que de verdad mi padre había muerto sin sufrir.

Tuve que cumplir muchas formalidades. En la oficina de admisión se me acercó una enfermera, pero no era ninguna de las del sábado, ni tampoco la que estaba de guardia ayer, sino una que no había visto hasta entonces, la cual me entregó el reloj de oro de mi padre, sus lentes, su billetera, su encendedor y la bolsa con las manzanas. Le di veinte forintos y seguí dictando los datos. Luego se me acercó un hombre con gorra de cuero y se ofreció para lavar, afeitar y vestir el cuerpo. Fue él quien lo dijo así, "el cuerpo", con lo cual seguramente quiso hacer sentir que, aunque la persona en cuestión ya no vivía, no sería totalmente un cadáver hasta que no fuese lavado y vestido.

Aún tenía conmigo los cien forintos metidos en el sobre. Se los entregué. Rasgó el sobre, miró adentro y luego, con un gesto rápido, se quitó la gorra y ya no se la volvió a poner más en mi presencia. Dijo que iba a arreglar todo muy bonito, que mandase un traje y ropa interior limpia, que con toda seguridad yo iba a quedar conforme. Le respondí que por la tarde vendría con la ropa interior y con un traje oscuro, pero que ahora quería ir a verlo.

—¿Quiere ver el cuerpo? —me preguntó, asombrado.

—Quiero verlo —dije.

—Sería mejor después —me aconsejó.

—Quiero verlo ahora —dije—. No pude estar a su lado cuando murió.

A regañadientes me condujo al depósito de cadáveres, que estaba en un edificio aparte, en el centro del parque de la clínica. El sótano estaba

iluminado con una bombilla muy fuerte y había que bajar por unas escaleras de piedra. Ahí, sobre el asfalto, al pie de las escaleras, estaba tendido boca arriba mi padre. Sus piernas abiertas, los brazos también, tal como pintan en los cuadros a los héroes muertos. Pero él no tenía ropa y de una de sus fosas nasales sobresalía un pedacito de algodón y había otro pegado a su muslo izquierdo. Seguramente ahí había recibido la última inyección.

—Ahora todavía no puede verse nada —dijo el de la gorra de cuero, como justificándose. Se mantuvo a mi lado, ahí en el helado sótano, con la cabeza descubierta—. Pero tendrá que verlo cómo va a quedar cuando lo vista.

No dije nada.

—¿Pasó mucho tiempo enfermo? —preguntó después.

—Mucho —dije.

—Estoy pensando —dijo— en que voy a cortarle un poco el cabello. Eso contribuye bastante.

—Como quiera —dije.

—¿Se peinaba con la raya al lado?

—Sí —dije.

Se calló. También yo me mantuve callado. Ya no podía decir nada, ni podía hacer nada, ni podía dar dinero a nadie más. No podía remediar nada, ni siquiera mandándome enterrar vivo a su lado.

ISTVÁN ÖRKÉNY